

Introducción

Desempleo, precariedad y desaliento en el mercado laboral de América Latina

*Dídimo Castillo Fernández**
*Norma Baca Tavira***

En América Latina, el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y la adopción del modelo de economía de libre mercado marcó un punto de inflexión en la estructura del mercado laboral de los distintos países. Durante el largo periodo de crecimiento económico iniciado en la década de 1950 hasta casi finales de la década de 1970, sobresalieron dos características de la dinámica de dichos mercados de trabajo: por un lado, la pérdida de importancia relativa de las actividades agrícolas y el incremento de las ocupaciones industriales y, por el otro, el aumento constante del empleo asalariado. En contraste, a partir de la década de 1980, pero especialmente desde mediados del decenio de 1990, el mercado de trabajo mostró cambios importantes en cuanto a estructura, composición sectorial y calidad de las ocupaciones. La magnitud del contingente que no logra integrarse de manera formal, directa y estable en el proceso productivo no sólo se ha expandido, sino que con el proceso de globalización neoliberal han emergido nuevas formas de precariedad laboral y pobreza, articuladas a las estrategias de acumulación y competencia económica.

El proceso de globalización económica modificó las formas de organización de producción y los mecanismos de incorporación y uso de la fuerza de trabajo. La dimensión “discriminatoria” del discurso de la política pública sobre la necesaria contención del crecimiento de la población adquirió realidad en los esquemas y niveles de exclusión promovidos por los nuevos mercados de trabajo. En este marco, cobraron importancia los estudios de la mujer, dada la masiva y rápida inserción en el mercado de trabajo, y los de la pobreza laboral, dado el deterioro de los ingresos y el incremento de la desigualdad social. Los desarrollos tecnológicos y los cambios económicos

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Autónoma del Estado de México.

** Centro de Investigación y Estudios en Movilidades y Migraciones Internacionales, Universidad Autónoma del Estado de México.

estructurales acaecidos, coincidentes con los cambios en las tendencias demográficas, complejizan los problemas, particularmente los de demanda de empleo y satisfactores para enfrentar el deterioro y las crecientes desigualdades laborales. En cierto modo, la reestructuración económica no incentivó la creación de empleos y, por el contrario, promovió la segmentación de los mercados de trabajo e intensificó el deterioro de las condiciones laborales. El modelo laboral vigente introdujo cambios importantes en las formas de organización y gestión del trabajo. Con la entrada a la era de producción y organización flexible del trabajo se produjo un cambio de concepto de la relación capital-trabajo. Las nuevas relaciones laborales implicaron nuevas estructuras ocupacionales.

La globalización neoliberal impuso como fundamento estratégico la creación de condiciones para la producción y los intercambios comerciales, y el aprovechamiento de una mayor rentabilidad por parte de los diversos sectores capitalistas. El proceso de apertura iniciado a partir del agotamiento del modelo de industrialización vía sustitución de importaciones y la crisis económica de la década de 1980 marcó el inicio de la crisis laboral y la ruptura con el modelo de producción y organización del trabajo dominante desde la Segunda Guerra Mundial. Las estrategias del capital para reproducir la lógica global de explotación y control de los trabajadores fueron variadas. Las estrategias de flexibilización de las relaciones laborales tuvieron como fundamento ideológico la idea de que los problemas del mercado de trabajo son derivados de su rigidez, y por consiguiente de los costos de la mano de obra. El capital, bajo esta “nueva lógica” —ante situaciones de crisis y las consecuentes tentativas de recomposición de los sistemas productivos— pugnó por la desregulación contractual del trabajo. En este entorno laboral resulta paradójico que el mismo concepto de desempleo haya ido perdiendo sentido y significado ante la expansión del llamado trabajo independiente, autónomo o por cuenta propia. En cierto modo, perdió valor conceptual la misma noción de trabajo a partir de la idea de “tiempo necesario” y tendieron a desaparecer las formas salariales convencionales y, en su lugar, cobraron importancia formas de contratación inestables, salarialmente precarias.

La reestructuración productiva reconfiguró los mercados de trabajo de la región latinoamericana, en donde parecen consolidarse fenómenos económicos y sociales como el crecimiento en la desocupación, la pobreza, el incremento de las migraciones y una sostenida y mayor incorporación de fuerza de trabajo femenina y de jóvenes a la diversidad de actividades económicas. La reestructuración productiva implicó un debilitamiento drástico de la protección social de grandes

grupos de trabajadores, donde los derechos laborales y la base de la organización de los trabajadores han sido disminuidos en la mayoría de los países y de los sectores económicos. La flexibilización laboral, por un lado, modificó las formas tradicionales de contratación y uso de la fuerza de trabajo, sustituyendo el empleo permanente “normal” por otras formas atípicas de ocupación, entre las que destacan el empleo por contratación temporal y el trabajo a tiempo parcial, así como la promoción del autoempleo; por otro lado, la demanda de trabajo favorece al empleo cualificado, no manual, y privilegia la incorporación laboral de mujeres y trabajadores jóvenes calificados. Los procesos productivos se han modificado significativamente: se ha pasado del trabajo especializado fijo, en una sola tarea, a multitareas, hecho que además concurre con la movilidad de puestos y el desplazamiento de trabajadores de los procesos de producción directa hacia actividades ubicadas en la esfera de la circulación. Los cambios en el mundo del trabajo son cambios estructurales.

La globalización ha sido esencialmente diferenciadora, por lo menos en las dimensiones social y económica. El crecimiento de la población ha dejado de ser la problemática central, pero el crecimiento económico no ha sido suficiente para subsanar los problemas de desigualdad y pobreza. En el nuevo entorno económico y socio-laboral, el crecimiento económico ha tenido un efecto limitado sobre la creación de empleo y particularmente de empleos de calidad. En las décadas de 1990 y 2000, la región alcanzó niveles moderados de crecimiento económico, pero no pudo contener la tendencia ascendente de incremento del desempleo abierto y la subutilización de la fuerza de trabajo, con el incremento de las ocupaciones independientes y la precarización del trabajo asalariado, en diversas formas. La pérdida de importancia de las actividades primarias y secundarias en la generación de empleos es notable. El resultado ha sido la expansión del desempleo, el deterioro de la calidad del trabajo, la profundización de la desigual distribución del ingreso y, consecuentemente, el empeoramiento de los niveles o condiciones de vida de la población. En el contexto actual, a pesar de las ventajas que podrían derivarse de los cambios demográficos, dada la culminación de la transición demográfica y el bajo crecimiento demográfico derivado de ella, las posibilidades de mejoramiento social resultan limitadas; por el contrario, ha tenido como correlato la acentuación de las desigualdades regionales entre países y, particularmente, las disparidades sociales. La creciente situación de pobreza laboral ha llevado a repensar la cuestión demográfica vinculada con el desarrollo económico y, en particular, con el carácter excluyente del modelo laboral.

En América Latina, resultado de la rápida caída de la fecundidad iniciada en gran parte de los países a mediados de la década de 1970, tuvo y mantiene un doble efecto sobre el mercado de trabajo: por un lado, determinó el incremento relativo de la población en edad activa a pesar de la disminución en el ritmo de crecimiento de dicha población y, por otro, el descenso de la fecundidad impactó directamente sobre las posibilidades de participación de la mujer en el mercado de trabajo. Es aún de suponer que en el corto y mediano plazos el impacto de dicho incremento demográfico seguirá contribuyendo al crecimiento de la población económicamente activa, dado el desplazamiento creciente de las cohortes de más edades. El envejecimiento demográfico supuso también un *envejecimiento social*, en relación con los cambios recientes en los mercados de trabajo y sus entornos en cuanto a privilegiar a la fuerza de trabajo joven, lo que coloca en condiciones de desventaja a los adultos mayores, al no disponer de jubilación ni recibir ingreso por concepto de trabajo.

No obstante lo anterior, los jóvenes conforman un grupo social altamente vulnerable, expuesto en muchos sentidos a las contingencias generadas por las transformaciones económicas, sociales y culturales. Los jóvenes hoy viven en una sociedad diametralmente diferente a la de sus antecesores, con las ventajas que implican las posibilidades de acceso a estructuras de oportunidades más amplias; pero, a la vez, insertos en circunstancias de mayor competencia y más expuestos a los riesgos de exclusión social. La participación de los jóvenes en el mercado de trabajo es una problemática sobre la que inciden directa e indirectamente diversos factores. El capital humano ha pasado a ser uno de los elementos importantes en la determinación de la calidad de los empleos y en los niveles de ingresos laborales. La educación es quizá la variable con mayor influencia en las posibilidades de acceso al mercado de trabajo en circunstancias menos desfavorables. Los escasos niveles de educación suelen corresponder a formas de la inserción en actividades de mala calidad, y en ocupaciones laborales y socialmente desprotegidas, generalmente con ingresos bajos.

Sin embargo, los niveles de estudio y, en general, la disposición de recursos humanos son cada vez menos definitivos y determinantes sobre las posibilidades de acceso de los jóvenes al mercado de trabajo. En el nuevo entorno laboral de desempleo, precariedad, subempleo e incremento notable de desigualdades salariales, al afectar principalmente a los jóvenes, y en la medida en que en diversos sentidos limita sus proyectos futuros de vida, está socavando el significado que para ellos tiene el trabajo como fuente de identidad, lo que los lleva a un estado de desencanto y desaliento laboral endémico, cada vez más notorio.

El libro *Población y mercados de trabajo en América Latina. Temas emergentes*, conformado por seis capítulos sobre las condiciones de desempleo, empleo y desaliento de los trabajadores jóvenes, adultos y adultos mayores en el mercado de trabajo en América Latina, publicado en la Serie Investigaciones de ALAP, resulta sugerente y oportuno dadas las novedades presentadas por los autores de los trabajos incluidos.

El primer capítulo, “La heterogeneidad del empleo en la Argentina: un análisis a partir de los rasgos productivos y las relaciones sectoriales”, de Mariana Fernández Massi, aborda un tema de larga data, pero al mismo tiempo muy vigente en América Latina, que pone de manifiesto que las diferencias en la calidad del empleo están asociadas con las características de la estructura productiva. Como la autora señala, este análisis es interesante a pesar de que la Argentina no fue considerada como uno de los países emblemáticos de las brechas de ingreso y productividad que presentaban los empleos en la región. Partiendo de una revisión de las diferentes teorías que han abordado la problemática del empleo en los países latinoamericanos (heterogeneidad estructural, marginalidad económica, sector informal urbano, entre otras), propone un marco analítico que las clasifica según dos dimensiones: autonomía/integración y relaciones benignas/subordinación, con lo cual proporciona un pertinente balance de esta discusión. De esta manera, el análisis teórico y empírico no se limita a estudiar la estructura productiva a través de variables como la productividad y el tamaño de los establecimientos, sino que resalta la importancia de incorporar las relaciones que se establecen entre los diferentes sectores de actividad.

La estrategia analítica se basa en la utilización de varias fuentes de información, incluyendo encuestas de hogares, censos, encuestas industriales y la matriz insumo-producto para capturar, por un lado, las condiciones de calidad del empleo y, por el otro, la estructura productiva y las relaciones intersectoriales. Si bien la autora encuentra evidencia para apoyar una caracterización dual de la calidad del empleo, considera que las condiciones laborales se capturan mejor con una tipología de cuatro segmentos. Al identificar las ramas que componen cada uno de los segmentos se tiene, por ejemplo, que el grupo con la peor calidad (que incluye al 11% de los trabajadores) está compuesto por la construcción, actividades agrícolas y empleo doméstico; mientras que el cuarto segmento (que comprende el 41% del empleo) contiene servicios asociados a la actividad financiera, empresarial y servicios públicos y/o provistos por el Estado. El tamaño del establecimiento sigue siendo una variable fuertemente asociada con

la calidad del empleo, y en cuanto al carácter exportador de la rama de actividad, se encuentra que en los peores empleos también existe dinamismo exportador, pero asociado a manufacturas de origen agropecuario, en lugar de manufacturas de origen industrial que presentan mejores condiciones laborales. Respecto a la existencia de vínculos productivos entre los diferentes segmentos, los resultados generales avalan la hipótesis de autonomía, pues existe una alta relación con ellos mismos y con el otro segmento en condiciones similares; no obstante, existen relaciones relevantes entre sectores que valdrá la pena seguir explorando.

El segundo capítulo, “Desempleo abierto y desalentado en tres mercados de trabajo latinoamericanos”, de Ana Escoto, Clara Márquez y Victoria Prieto, analiza las desigualdades y los procesos de exclusión del mercado laboral, así como el desempleo de larga duración y el desempleo desalentado de dichos mercados de trabajo. En los últimos tiempos, los países latinoamericanos han adoptado estrategias disímiles en los mercados de trabajo. Costa Rica, México y Uruguay presentan escenarios laborales diferentes; sin embargo, los tres mantienen altas tasas de desocupación (desempleo abierto y desalentado). La desocupación no se limita al desempleo abierto, existen otras expresiones como el desempleo desalentado, que aún no ha sido considerado plenamente. La población desalentada representa a los no ocupados disponibles para trabajar, pero que no buscan empleo por sus experiencias pasadas o porque consideran que tienen pocas posibilidades de encontrarlo.

Las autoras contemplan que el desempleo desalentado es un efecto del mercado de trabajo y que si las condiciones de éste fueran distintas los individuos podrían insertarse activamente; dentro de la población con esta problemática podría considerarse a las mujeres, a los jóvenes y a los varones en fase de retiro. El no-empleo permite contemplar el desaliento como parte del fenómeno del desempleo, no importando si están buscando activamente empleo o no. La evolución de los mercados de trabajo de Costa Rica, México y Uruguay refleja desocupación urbana y deterioro de las condiciones laborales de los ocupados; uno de los puntos centrales fue indagar en las razones de no búsqueda de empleo, y así se consideró como desalentados a la población que no buscó trabajo por algún motivo económico. En los tres países se destaca que el desaliento es un comportamiento feminizado que disminuye con el nivel de instrucción; se corroboró que el desaliento presenta un perfil más envejecido que el desempleo y que afecta principalmente a México y Costa Rica. El sexo, la edad, la residencia, la posición en el hogar y la educación representan algunas diferencias

respecto al desaliento en los tres países analizados; sin embargo, en los tres casos el desaliento es un rasgo negativo que persiste.

En el tercer capítulo, María Viridiana Sosa Márquez, Alfonso Mejía Modesto y José Antonio Soberón Mora desarrollan un interesante análisis sobre las transformaciones que la dinámica demográfica ha tenido sobre la organización y estructura de la vida familiar en México y Perú. En el capítulo “Dinámica demográfica y su impacto en la división sexual del trabajo en México y Perú en la primera década del siglo XXI”, los autores postulan que la inercia demográfica ha incidido directamente sobre la organización del trabajo y de las actividades tanto domésticas como extradomésticas, y se dan a la labor de, a partir de datos secundarios de los censos de población de ambos países y utilizando también las encuestas de uso del tiempo (de 2010 para Perú y de 2014 para el caso de México), visibilizar el efecto de la creciente precariedad laboral, en la creación y calidad de los empleos, sobre la organización de la vida familiar.

Si bien el análisis comparativo indica que la situación demográfica y laboral de México y Perú es sensiblemente similar: bajas tasas de fecundidad, precariedad en los mercados de trabajo, en los cuales las desigualdades de género y generacionales se hacen presentes, también ubican algunas diferencias. Por ejemplo, la mayor tasa de participación económica peruana, la mayor cantidad de horas dedicadas al trabajo extradoméstico para los mexicanos y las mayores brechas de género en Perú, tanto en el trabajo remunerado como en el no remunerado.

A partir de los datos analizados, los autores concluyen que es necesario el establecimiento de políticas de corresponsabilidad entre hombres y mujeres, así como entre generaciones, es decir, entre todos los miembros del hogar, con el fin de tener distribuciones de actividades más igualitarias.

En el cuarto capítulo, “Condiciones laborales de los trabajadores asalariados de Brasil y México en el año 2012”, de Sergio Cuauhtémoc Gaxiola Robles Linares y Mercedes Pedrero Nieto, se plantean algunas de las repercusiones de la flexibilidad en el incremento de la precariedad laboral en los mercados de trabajo de esos dos países. Brasil y México, dos de los países más importantes de la región económica y poblacionalmente, con la implementación del modelo neoliberal experimentaron cambios significativos en las relaciones laborales. Con los procesos de reestructuración productiva se dio paso a la flexibilidad del mercado de trabajo, la cual implicó la reducción de costos laborales de las empresas y la no generación de empleos. En los últimos años, en ambos países la desregulación ha propiciado un quebranto

en las condiciones laborales. La precariedad laboral ha determinado las dinámicas laborales, evidenciando que el empleo inestable y desprovisto de seguridad ha dejado de ser el centro de integración social.

A pesar de que la precariedad es un concepto ambiguo con diversas definiciones, generalmente se ha estudiado en los trabajadores asalariados, tomando en cuenta aspectos como la inestabilidad, la desprotección y la intensidad de la jornada laboral, entre otras. A través de estas dimensiones, los autores exponen las relaciones laborales precarias mediante el análisis por conglomerados en los niveles de precariedad: no precario, precario medio y precario alto. En el caso de Brasil, la flexibilidad ha repercutido, particularmente, en las prestaciones de las mujeres y los jóvenes, además de ser notoria la subcontratación de cooperativas o la deslocalización del trabajo como estrategia orientada a evadir las responsabilidades patronales que estipula la ley. En el caso de México, el incremento de la informalidad y la fragilidad de las condiciones laborales es creciente. Tanto Brasil como México se caracterizan por tener una amplia población en edades productivas, la cual podría representar una ventaja para el desarrollo económico, pero no es así. Las condiciones laborales en estos dos países reflejan la afectación por la flexibilidad laboral, pero son más desfavorables en el caso de México, donde existe una mayor desigualdad en el mercado laboral, que en Brasil, que muestra condiciones más homogéneas. Así, para 2012, los niveles de precariedad en Brasil fueron medios, mientras que en México fueron altos.

El siguiente capítulo, “Jóvenes en situación de doble inactividad (laboral y educativa) en Colombia, México y Uruguay”, Emma Lilianna Navarrete, Mauricio Padrón Innamorato y Adriana Carolina Silva Arias sostienen que la escuela y el trabajo son importantes para la incorporación al mundo adulto, aunque perdieron importancia para los jóvenes que se encuentran excluidos en uno o ambos espacios, lo que implica inactividad. *NiNi* es el acrónimo que identifica a estos jóvenes y que recientemente se ha evidenciado por las desventajas sociales que viven y por la falta de políticas dirigidas a este sector. A pesar de ser una problemática mundial con diversos niveles y especificidades, la investigación se centra en Colombia, México y Uruguay. En el caso colombiano y mexicano, las crisis económicas, reformas, privatizaciones y aperturas de mercado han repercutido en desempleo y en la creación de nuevos puestos de trabajo, aumentando el empleo informal, los micronegocios, la terciarización y precarización laboral; este panorama ha afectado de manera considerable la calidad de vida de la población joven. En el caso de Uruguay, las

condiciones son diferentes, pues se ha logrado destacar por sus altos niveles de igualdad de oportunidades y niveles de desempleo bajos; a pesar de ello, la desaceleración económica ha impedido que los jóvenes se inserten en el mercado laboral.

La juventud se da de maneras diferentes en las sociedades, depende de la cultura y el contexto social de cada individuo, por lo que no es una categoría homogénea; además, si intervienen procesos como la transición a la vida adulta, se diversifican aún más las trayectorias individuales. La transición que cada joven tenga a la vida adulta puede estar determinada por la falta de opciones en el mercado laboral y la incapacidad del sistema educativo. A pesar de las diferencias entre los tres países, la inclusión social ha sido superada por la exclusión en diversos aspectos sociales, desfavoreciendo principalmente a los jóvenes. Las transiciones a la vida adulta marcan el futuro de los jóvenes: truncar la educación conllevaría a escenarios de mayor vulnerabilidad laboral; a pesar de ello, esta inserción representa un paso a la vida adulta. Los jóvenes con doble exclusión (*NiNi*) conforman otra categoría conceptual que requiere una atención diferente. El término ha sido utilizado constantemente sin tener una concepción clara de su significado, debido a la forma variada de las trayectorias tanto laborales como educativas, por lo que el concepto en sí es heterogéneo. En Colombia, México y Uruguay la población entre 15 y 24 años representa un grupo importante, la doble inactividad se manifiesta de manera diferencial entre grupos etarios y sexo. La juventud conlleva transiciones a la adultez; no ser estudiantes ni trabajadores representa vulnerabilidad y exclusión, por lo que es imperativo asegurar mayor inclusión social a través de la escuela y el empleo.

En el sexto y último capítulo, “Análisis exploratorio de la evolución de las dinámicas laborales de los trabajadores de 50 años y más en Chile”, de Rafael Silva-Ramírez y Alexander Torres, se analizan los procesos de transición demográfica que dan pautas para comprender la estructura poblacional de una región y el proceso de envejecimiento demográfico. Asumen que el envejecimiento de la población tiene efectos económicos, sociales y políticos que representan diversos desafíos. En el caso de Chile, esos retos se agudizarán para 2040; sin embargo, según los autores, este país puede beneficiarse de su población en edad activa y prepararse para el envejecimiento, pero de no hacerlo aumentarían los riesgos de pobreza de su población. Entre los desafíos sociales a los que se enfrenta el país se encuentra la pérdida de autonomía y la flexibilidad laboral para los que asistirán a esta población. En relación con el mercado laboral, se hace nece-

sario aprovechar el bono demográfico y generar espacios para los trabajadores con más edad, contemplar en sus políticas públicas a la población que debe brindar dichos cuidados, y fomentar trabajos parciales para los que ya iniciaron su jubilación.

En Chile, el sistema de capitalización individual de ahorro determina el nivel de pensión. La participación en el mercado laboral se torna entonces muy relevante respecto al envejecimiento poblacional. En el mercado laboral se destaca que un grupo que tiene incidencia en los desafíos del envejecimiento son los trabajadores a partir de los 50 años, por su tránsito a la jubilación y probablemente por ser ellos quienes brindarán cuidados. La evolución del comportamiento laboral en los trabajadores a partir de esta edad permite exponer los desafíos respecto a las políticas públicas, principalmente centradas en la equidad de género y el incremento de capital humano, de manera que el mercado laboral dé pauta a preparar la jubilación y la vejez; además, las políticas deben estar encaminadas al ahorro individual. Envejecer no es en sí un problema; las sociedades deberían considerar esta etapa como una oportunidad de desarrollo.